

El “populismo” de la élite argentina: ¿qué dice el relato y qué dicen los datos?

Por: Gerardo De Santis, Matias Mancini y Rocío Alcántara

1. Introducción

En la historia económica argentina pueden distinguirse con claridad etapas caracterizadas por distintos modelos económicos, en las cuales se conforman y determinan pautas que orientan el sistema económico y que, para Aldo Ferrer (2008), permiten trazar líneas divisorias que contienen estructuras y comportamientos perfectamente diferenciables. La periodización histórica habitual distingue entre la etapa agroexportadora (conocido como la “Era Dorada” o “Belle Époque”), la etapa de industrialización sustitutiva de importaciones post crisis de 1929-1930 y una tercera etapa que se inicia con el proceso de liberalización y desregulación de mercados tras el golpe cívico-militar de 1976, la cual llamaremos “Etapa Traumática”.

El presente trabajo busca analizar el desempeño económico del país a lo largo de la historia, con foco en la generación del excedente económico y su utilización (acumulación productiva o improductiva) en pos del desarrollo nacional. Al respecto, la pregunta que orienta el análisis es: ¿en qué se utilizó la riqueza generada por el esfuerzo de la sociedad argentina durante los últimos 140 años de historia (1882-2019)?

A la hora de evaluar el desempeño de la economía argentina, existen dos grandes visiones antagónicas. Una de ellas, la que pertenece al discurso dominante, se basa en categorizar ciertas conducciones políticas como gobiernos “populistas”, y considera que éstos no planifican a largo plazo, despilfarran los recursos nacionales disponibles, promueven que el crédito se sesgue hacia al consumo en detrimento de la inversión y sostienen Estados excesivamente grandes, con déficit fiscal persistente y que, por lo tanto, la falta de racionalidad económica de estas experiencias obstruyen las posibilidades

de desarrollo nacional. En concordancia con ello, Pablo Gerchunoff, un importante referente de esa postura, en una reciente nota titulada “El nudo argentino” afirma que:

Las aspiraciones populares no se limaron nunca, ni después de la caída del peronismo ni después de los años 70, ya con la economía desnortada, sin rumbo. Los salarios reales percibidos como normales por las clases trabajadoras –no los que efectivamente cobraban– quedaron demasiado altos para recuperar exportaciones o saltar a una sustitución de importaciones más innovadora y menos protegida. Lo que siguió fue entonces un conflicto entre las aspiraciones populares y una Argentina productivamente lánguida y poco competitiva (...) Así vivimos desde entonces, con el crecimiento más bajo y volátil de América del Sur, con salarios en dólares altos (atraso cambiario),desequilibrios fiscales casi permanentes y expansión del crédito al consumo, el triángulo que provoca euforia por un tiempo y luego salarios bajos en dólares, ajuste fiscal y contracción del crédito para poder pagar la deuda contraída durante la euforia (...) La visión sobre la “justicia social” que ha predominado en Argentina quedó congelada en la realidad de los ´40 y los ´50, matizada, con el correr del tiempo, por algunos cambios significativos que no han modificado la naturaleza del problema: el gasto público ha ganado una vertiginosa centralidad durante los últimos quince años, justificado en parte por la explosividad latente o manifiesta del mundo informal, activo y pasivo, que hace oír su voz; el atraso cambiario recurrente mantiene su antigua lozanía y su eficacia para expandir el consumo de las clases bajas y medias, pero ahora la estructura productiva vertebrada por el proteccionismo tiene menos peso (..) la justicia social, tal como la practicamos los argentinos, es sinónimo de políticas anti-competitivas y por lo tanto de políticas anti-crecimiento (Gerchunoff, 2020).

En síntesis, esta visión coloca el nudo del problema en el conflicto distributivo, pero en donde es la clase trabajadora la responsable de los conflictos, porque se compone de trabajadores que aspiran un nivel de bienestar que no se ajusta a las supuestas condiciones materiales del país, lo cual lleva al sostenimiento de niveles de consumo e ingreso incompatibles con las posibilidades económicas reales. En consecuencia, la protección del mercado interno y el atraso cambiario selectivo para promover sectores productivos estratégicos y/o no encarecer el costo de vida del grueso de la población, se conjugan para sostener salarios “altos en dólares”, lo que sería el causante de ahogar las cuentas externas. Esto conlleva al gasto de recursos (internos y externos) que deberían orientarse hacia la inversión productiva. Es decir, para este enfoque, son las etapas de gobiernos populares las culpables del derroche de recursos, dado que su base política tiene aspiraciones materiales exageradas que se resuelven con políticas laborales “laboristas”, con “dólar barato”, supuesto endeudamiento y un excesivo gasto público orientado a cubrir políticas sociales.

Asimismo, existe otra visión antagónica, que cuestiona las premisas básicas del primer enfoque. En ese sentido cabe interrogarse: ¿Es cierto que durante las etapas “populistas” ocurrió más derroche de recursos que en las etapas lideradas por gobiernos con “mayor racionalidad”? ¿Es cierto que los gobiernos “populistas” son los que recurren al ahorro externo (endeudamiento) para sostener altos niveles de consumo? ¿Es cierto que en estas etapas el esfuerzo (ahorro para financiar inversiones) de la sociedad fue menor? ¿Es cierto que en estas etapas se socava las fuentes de crecimiento? ¿Es cierto que es la clase trabajadora la que derrocha recursos y no la élite dominante? Intentaremos responder estos interrogantes sobre la base del análisis de la generación y destino del excedente producido en la economía argentina. El excedente permite dimensionar la magnitud del esfuerzo social y el grado en que este esfuerzo se dirigió hacia el consumo superfluo o hacia la acumulación productiva durante cada etapa histórica.

Para responder aquellas preguntas, en primer lugar, se tomará como categoría de análisis y variable principal el “excedente económico”, definido como la diferencia entre el producto total de una economía (Producto Bruto Interno) y el costo de reproducción de la población (CRP). Es decir, es el resultado entre el total de la riqueza generada por una sociedad y los ingresos que necesita cada familia de un país para satisfacer sus necesidades básicas de supervivencia. En cuanto a su utilización, si el excedente se destina a mejorar la capacidad productiva del país, es acumulado productivamente. Por el contrario, se entiende que es acumulado improductivamente si su destino es el consumo suntuario o si es fugado del sistema económico nacional. Al respecto, se pretende mostrar cuál ha sido el grado de generación de excedente en cada etapa histórica de la economía argentina desde 1882 hasta 2019, y cuál fue su utilización.

En segundo lugar, se tomará al PBI per cápita como indicador de desempeño económico en cada período, el cual si bien es parcial y no representa la desigualdad social en la distribución del ingreso, posibilita la comparación entre los períodos en términos de generación de riqueza.

En tercer lugar, se analiza el origen del financiamiento de la inversión. En concreto, se busca distinguir en qué proporción se recurrió al ahorro doméstico y en cuánto al ahorro del resto del mundo (déficit de cuenta corriente de la Balanza de Pagos). La fuente de financiamiento, en particular la dinámica del uso del ahorro del resto del mundo (déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos), es clave para el desarrollo sostenible del país. Como argumenta Ferrer (2008), la experiencia internacional demuestra que, en su mayoría, los países exitosos basaron sus procesos de desarrollo en la acumulación de capital propio, evitando los déficit sistemáticos de sus cuentas externas. De esta forma, el ahorro interno les permitió sortear los problemas asociados a grandes volúmenes de



endeudamiento y, asociado a esto, mantener un alto grado de autonomía en sus relaciones económicas y financieras con el resto del mundo. Al contrario, para los países periféricos, como demuestra cabalmente el caso de Argentina, el endeudamiento externo y los déficits sostenidos de la cuenta corriente conforman, aún hoy, mecanismos de subordinación hacia los centros de poder internacionales.

Además de los indicadores señalados, existen otras cuestiones que merecen una consideración específica para describir las distintas etapas históricas de la economía argentina. Especialmente, porque estas cuestiones contribuyen a comprender los factores que pueden incidir en la dinámica del excedente y el desempeño económico y, sin embargo, aparecen relegadas y/o se pasan por alto en los análisis que sostienen las cualificaciones de cada etapa.

Por un lado, el escenario internacional, debido a que la experiencia argentina debe evaluarse tomando en cuenta el impacto de los sucesos mundiales sobre un país periférico, con sus respectivas características estructurales. En cada etapa histórica las condiciones mundiales son distintas, los márgenes de decisión y las estrategias convenientes para el país también difieren. Un factor clave en estas condiciones es el rol del país o del grupo de países que asumen el papel de líderes de la economía global. Como se sabe, el liderazgo ostentado por Gran Bretaña¹, desde la Revolución Industrial (fines del s. XVIII) hasta la Primera Guerra Mundial, fue reemplazado por la hegemonía estadounidense desde 1945, con características distintas al anterior debido a su mayor extensión territorial, a la dimensión demográfica media, a la gran diversidad y variedad de recursos naturales disponibles y a contar con una de las mayores poblaciones del mundo. Aquella transformación en el centro de poder global, implicó otro escenario para las posibilidades de desarrollo de Argentina.

Asimismo, es necesario caracterizar las decisiones económicas internas de cada etapa en el contexto internacional. No puede evaluarse el “éxito” de cada etapa histórica sin cotejar con las condiciones externas y, fundamentalmente, sin tener en cuenta las decisiones económicas tomadas y cómo éstas se acomodaron o buscaron desafiar los “dictados” de los centros económicos mundiales.

Por otro lado, debe considerarse el rol que jugó el bloque social dominante en cada período, y cómo incidió en la definición del estilo de desarrollo imperante en ellos. Es decir, debido a que los sectores dominantes tienen influencia en el modelo de acumulación y en la utilización del excedente en todas las etapas históricas, con

¹ Lo cual se refleja en que durante el s. XIX, explica el 40% del comercio, fue protagonista de la mayor parte de los flujos de inversión, y era el centro financiero mundial. Además, la libra esterlina era la divisa internacional.

interludios excepcionales donde el bloque subordinado tuvo mayor injerencia en la toma de decisiones de política económica.

El trabajo presenta la siguiente estructura. Luego de esta introducción, en la segunda sección se encuentran las definiciones teóricas y metodológicas sobre el excedente y su forma de medición. Además, se fundamenta la periodización histórica realizada que distingue en tres grandes etapas que denominamos Inserción sectorial internacional fácil (ISIF) que cubre el periodo 1882-1942, Inserción Sectorial Internacional Difícil (ISID) que abarca desde 1943 hasta 1975, y por último, Inserción Sectorial Internacional Traumática (ISIT) comprendida desde 1976 a 2019. Cada una de estas etapas se dividen en distintas subetapas. En la tercera sección, se presentan y analizan los datos de las series históricas, con un desarrollo que articula, para cada período y con las etapas que los conforman, los indicadores macroeconómicos con el escenario internacional, el rol de las políticas económicas internas y la estructura económica argentina. Finalmente, la cuarta y última sección contiene las reflexiones finales y se presentan otras líneas de continuidad para futuros análisis.

2. Cuestiones conceptuales y metodológicas sobre el excedente y su medición

2.1. Sobre el excedente: antecedentes y definiciones clave

Un primer paso al estudiar el proceso de acumulación y definir una trayectoria que permita cambios estructurales de la economía, para transitar un sendero hacia el desarrollo, debe enfocarse en conocer la masa de recursos disponibles susceptibles de ser acumulados. El mayor desafío para los países subdesarrollados consiste en su capacidad para llevar adelante un proceso de acumulación de capital, avance tecnológico y cualificación de sus trabajadores que le permitan modificar su estructura productiva. Esto es, diversificar, insertar ramas industriales como exportadoras en el mercado mundial y profundizar la sustitución de importaciones en algunas industrias clave, como la de bienes de capital, que les permitan traspasar las barreras hacia el desarrollo. Para llevar adelante el proceso de acumulación de capital, desarrollo tecnológico y calificación de su mano de obra se debe determinar si estas economías generan los recursos suficientes para poder hacerlo, esto es, si generan el excedente de recursos necesarios.

Los autores estructuralistas que más han profundizado sobre el proceso de acumulación y la generación de excedente son Celso Furtado (1976) y Raúl Prebisch (1981). En el caso de Furtado, su análisis se diferencia de enfoques tradicionales al plantear que el estudio de las “inversiones” solo se ocupa de una parte del proceso de

acumulación, como él lo define, ya que éste también requiere considerar los recursos destinados a ciencia, tecnología y formación de recursos humanos, lo que conforma la acumulación ligada al aumento de la capacidad productiva. Furtado plantea el estudio del excedente como el punto de partida para el estudio de la acumulación global, esto es, qué parte del excedente se destina a acumulación productiva y cuánto se destina a acumulación improductiva (consumo suntuario o fuga de capitales).

El cálculo del excedente se realiza a partir de la comparación entre el producto social aproximado por el PBI y el costo de reproducción de la población (CRP). La primera variable no ofrece mayores dificultades, mientras que Furtado calcula el CRP a partir del ingreso del trabajador manual (trabajadores no calificados), debido a que considera que es representativo del costo básico de reproducción de la población. Al respecto, el CRP tiene un componente monetario, representado por los ingresos, y uno no monetario, que engloba los beneficios sociales (como el gasto en bienes públicos, educación, salud, etc.).

Por su parte, Prebisch compartió con Furtado la inquietud por el excedente y su acumulación. El economista argentino define al excedente como “aquella parte del fruto de la creciente productividad que, en la medida que no es compartida por la fuerza de trabajo en el juego espontáneo del mercado, tiende a quedar en manos de los propietarios de los medios productivos, además de la remuneración de su trabajo empresarial” (Prebisch, 1981; pp. 56). Con la problemática del excedente, Prebisch retoma algunas de sus preocupaciones más importantes: la apropiación de los frutos del progreso técnico y la insuficiente acumulación de capital, respecto de las exigencias de las técnicas de producción desarrolladas en los países centrales. La novedad es que trae a consideración los límites para el desarrollo, propios de la estructura social que definen los mecanismos de apropiación y destino del excedente, es decir, su acumulación productiva. En sus términos: “Gran parte de ese fruto [de la creciente productividad] queda en los estratos superiores de la estructura en forma de excedente, gracias al poder que deriva de su concentración de los medios productivos. Esta desigual distribución del ingreso en favor de los estratos superiores estimula en ellos la imitación prematura de las formas de consumo de los centros (...) significa un considerable desperdicio del potencial de acumulación de capital” (Prebisch, 1981: pp. 28).

En este sentido, en los países subdesarrollados el excedente es apropiado de manera muy desigual entre los distintos estratos sociales. En general, en estos países suele observarse una elevada concentración del ingreso en el estrato de ingresos altos, combinada con una propensión a ahorrar muy baja. Esto da lugar a un gasto del excedente en una proporción significativa hacia el consumo suntuario, esto es, un proceso de acumulación improductivo. Asimismo, la acumulación productiva de la otra parte del

excedente es realizada por el sector productivo inserto en el comercio mundial, básicamente primario: alimentos, minerales y energía reproduciendo la inserción productiva externa vigente. Entonces, la dinámica de apropiación y acumulación del excedente en los países subdesarrollados reproduce su heterogeneidad productiva y social, y su perfil de inserción internacional.

A partir de estos autores, se entiende que *el excedente económico* representa la magnitud de la producción total de una economía que no es utilizada para la subsistencia de su población, es decir, la diferencia entre el Producto Bruto Interno y el *costo de reproducción social*. Con relación a ello, se entenderá como *acumulación productiva* a toda utilización del excedente que permita una ampliación de la capacidad productiva del país. Al contrario, *acumulación improductiva*, es aquella utilización del excedente que no amplía la capacidad productiva, por ejemplo, cuando se destina al consumo suntuario o a la acumulación fuera del sistema económico del país.

2.2. Medición del excedente histórico en Argentina

Siguiendo a Furtado (1976), el cálculo del excedente debe realizarse a partir de la comparación entre el producto social y el costo social de reproducción de la población (CRP). Para la primera variable se toma la serie anual de PBI (en precios corrientes) para los años 1882-2019, provista por Ferreres². La variación anual del PBI per cápita a precios constantes también se recupera de la misma fuente.

El costo de reproducción social debe ser estimado adoptando un criterio que permita promediar lo que necesita cada familia de un país para satisfacer sus necesidades básicas. Para el presente análisis, se adopta la perspectiva de Celso Furtado (1976), con la salvedad de que para calcular el excedente él utilizaba el ingreso del trabajador manual brasilero (trabajadores no calificados) y, en este caso, para Argentina consideramos más representativo el salario del trabajador industrial. Los datos del salario industrial (para 1882-2019), se toman también de la serie provista por Ferreres.

Al respecto debe tenerse en cuenta que adoptar el salario del trabajador industrial como el CRP implica *suponer* que toda la población percibe esa magnitud de ingresos, es decir, oculta la distribución del ingreso que ocurre en la realidad social y material, ya que se expande este ingreso a toda la población del país en cada período. Resulta evidente que en cada período existen sectores de la población que perciben menores ingresos que

² Los datos provienen de la Fundación Norte Sur- Orlando J. Ferreres y se basan en Ferreres, Orlando J. "Dos siglos de economía argentina 1810-2010", Buenos Aires: El Ateneo, 2010. Las series se encuentran disponibles en <http://www.fundacionnorteysur.org.ar>.

el salario formal industrial, lo cual implica que otros sectores obtienen ingresos mayores a éste. La principal consecuencia es la subestimación del excedente, la cual es mayor en las etapas con mayor desigualdad³. Teniendo en cuenta que la inversión productiva es un indicador macroeconómico, subestimar el excedente implica también subestimar la acumulación improductiva, por lo cual, esto no altera las consideraciones que se desarrollarán en el siguiente apartado de análisis de datos, debido a que las mayores desigualdades sociales ocurren en la primera etapa y en la tercera.

Para analizar el destino del excedente se calculó el monto de acumulación productiva a partir de los datos de Inversión Bruta interna Fija (IBIF) a precios corrientes durante 1882-2019⁴. Si bien corresponde tomar otros tipos de inversión como, por ejemplo, los gastos en educación y en I+D se carecen de datos homogéneos para todo el periodo histórico analizado.

Finalmente, se recuperan los datos de cuenta corriente en millones de dólares para el periodo de 1882-2019 y fueron convertidos a pesos corrientes a partir de la serie del tipo de cambio provista por la misma fuente, para poder calcular el resultado de la cuenta corriente en términos del PBI.

Los datos de la IBIF y de la cuenta corriente también se toman de Ferreres. Cabe destacar que las series de ese autor llegan hasta 2018. Por este motivo, se completaron las series a partir de cuentas nacionales (INDEC), los datos del balance pagos (INDEC) y salario industrial (Ministerio de Trabajo).

2.3. Acerca de la periodización histórica

A los fines de estudiar la dinámica del excedente y su acumulación en perspectiva histórica se hará la siguiente distinción de periodos en la economía argentina. La misma se basa en las periodizaciones clásicas que distinguen entre el modelo agroexportador, la industrialización sustitutiva y la etapa abierta tras las reformas de la dictadura, pero se agregan algunas modificaciones y precisiones temporales.

³ No obstante, también debe tenerse en cuenta que como contrapartida, y debido a la inexistencia de datos respecto al gasto social para todo el período considerado, la falta de consideración de los ingresos no monetarios compensan lo anterior.

⁴ En la serie provista por Ferreres, la inversión corriente posee datos desde 1935 en adelante. Entre 1882 y 1934 se disponen sólo de datos de inversión a precios constantes. Por lo tanto hubo que construir la serie de inversión a precios corrientes. Ante la falta de un índice de precios de la inversión para esos años, se optó por tomar los precios implícitos del PBI.

A la primera etapa la denominamos “Inserción sectorial internacional fácil” (ISIF), cubre el periodo 1882-1942. Esta etapa corresponde a lo que comúnmente se llama “modelo agroexportador”. Las características de esta fase son ampliamente conocidas, sin embargo es necesario explicar dos cuestiones. En primer lugar, por qué se denomina “Inserción sectorial internacional fácil”. Esto se debe a que en estos años el país adoptó una estrategia de inserción internacional basada en la exportación de materias primas alimentarias en un contexto internacional favorable, ya que eran el tipo de bien que el Centro demandaba en ese momento. La “facilidad”, entonces, radica en que Argentina se especializó en aquello en lo que contaba con “ventajas naturales”, en el recurso que poseía en abundancia, acoplándose a los requerimientos de los centros industriales del momento. De hecho, Inglaterra fue proveedora de una gran inyección de capital para solventar las inversiones de infraestructura necesarias para que Argentina sea el “granero” del mundo”. Si bien existieron avances tecnológicos, fueron mayormente adopciones de tecnología desarrollada en los centros. Entonces, la primera potencia mundial “venía” a comprarnos bienes intensivos en lo que nos sobraba (recursos naturales), y al mismo tiempo, financiaba la inversión en infraestructura necesaria para sacar del país esos bienes (ferrocarriles, puentes, comunicaciones, etc.) e ingresaban flujos de inversión privada, como los frigoríficos. La etapa de inserción exportadora primaria puede catalogarse como “fácil” también en comparación con la etapa posterior, debido a que la industrialización de posguerra exigió un conjunto de nuevas capacidades de producción donde no existía una competitividad “natural”, y por lo tanto, se tuvieron que construir “capacidades” en nuevos saberes.

La segunda cuestión que debe aclararse es por qué se coloca el fin de esta etapa en 1942, cuando en general se señalan los años 1929 y 1930 como el punto de inflexión entre modelos. La idea mayormente difundida es que la crisis internacional y el cierre del mercado mundial obligan a dejar atrás la inserción agroexportadora y comienza así la etapa de industrialización sustitutiva por necesidad del contexto. Así, la década de 1930 se pone como parte integrante de la etapa de “Sustitución de Importaciones”. Sin embargo, al hacer esto no se contemplan dos aspectos del proceso. Por un lado, que la década del ‘30 constituyó en mayor medida una fase intervencionista de carácter defensiva que buscó la continuidad y preservación del modelo de inserción primaria, procurando mantener las ganancias en estas actividades. Es decir, que el modelo no estaba en discusión, sino que se buscó su readaptación ante una coyuntura cambiante signada por la depresión mundial. Incluso, durante la década infame, la *elite* dominante buscó mantener su renta y transferir el costo de la crisis a los sectores populares a partir de la creación de las Juntas Nacionales de Granos y Carnes, encargadas de generar un precio sostén de los alimentos en el mercado local. Del mismo modo, el Pacto Roca-Runciman buscó ser un instrumento defensivo para mantener los mercados

internacionales y los niveles de ganancia de los ganaderos locales y de los frigoríficos ingleses.

En este sentido, también se crea el Banco Central de la República Argentina (BCRA) en 1935, de propiedad mixta, cuyas principales actividades se basaron en centralizar la emisión monetaria, la regulación del endeudamiento externo, del crédito y del tipo de cambio. Los resultados fueron consecuentes con los objetivos de este período: la transferencia del costo de la crisis a la mayor parte de la población. Mediante el BCRA se buscó sostener un tipo de cambio relativamente bajo para que el capital inglés obtuviera ganancias extraordinarias, transfiriendo parte del excedente generado en el país a ese centro de poder mundial.

Con relación a ello, “la aplicación de políticas monetarias seguía estando condicionada por las preferencias e intereses de inversiones extranjeras – predominantemente británicas - que querían enviar sus ganancias al exterior y evitar devaluaciones de la moneda nacional” (Web BCRA, consultado el 13/12/2022). Para ello, se promovió la restricción monetaria y se absorbieron fondos principalmente mediante la colocación de Certificados de Participación en los Bonos Consolidados del Tesoro Nacional, orientando la actividad de los bancos comerciales a la especulación, se intensificó la concentración de reservas y se limitó el crédito, todo para evitar fluctuaciones del tipo de cambio que pudieran perjudicar a los sectores relacionados con el capital extranjero, en concordancia a lo expresado como una de sus funciones, consiste en la “adaptación del medio circulante a las necesidades de los negocios” (Memoria Anual del BCRA año 1935, 1936: 4). Recién en 1946, el BCRA sería nacionalizado, con el fin de enfocar sus recursos para el desarrollo nacional.

Con relación a lo anterior, también debe mencionarse el “Plan Pinedo” de 1940, que tuvo como objetivo modernizar la actividad agroindustrial y continuar con el modelo agroexportador, ante el riesgo que se avecinaba con la hegemonía de EE.UU. Aun cuando este plan plantea la unidad latinoamericana y la ampliación del mercado interno como mecanismo compensador de la crisis, su objetivo principal fue la modernización productiva, conscientes del cambio en el escenario mundial con la aparición de EE.UU. Esto representa un salto cualitativo en el pensamiento de la elite local, aunque tampoco escapa a una lógica de inserción primaria como rol fundamental de la economía argentina en el mundo.

Por otro lado, colocar el fin del modelo agroexportador en 1929/1930 adjudica los impactos de la crisis internacional en la economía local a la etapa de industrialización. Es decir, que a la hora de evaluar el desempeño de la economía argentina “la culpa de la crisis la tiene el futuro”. Esto pasa por alto que el impacto de la crisis se relaciona de

forma directa con la escasa diversificación productiva, la dependencia de importación de bienes manufacturados, del financiamiento externo y de mercados para lograr nuestro excedente primario, rasgos estructurales propios del modelo primario-exportador. El sostenimiento del modelo agroexportador por la élite dominante durante estos años se dio en el marco de elecciones fraudulentas que socavan la voluntad popular.

Recién cuando la presión social llevó a elecciones libres deviene un cambio de régimen, dando comienzo a la etapa populista. La presión social por el cambio de régimen en 1943 se tradujo en la llegada al poder de los sectores subordinados en las elecciones de 1946. A esta segunda etapa la denominamos “Inserción Sectorial Internacional Difícil” (ISID) y abarca desde 1943 hasta 1975. Desde el punto de vista sectorial, el rasgo característico de esta etapa es que la industria se constituye como el sector pivote del modelo. Al mismo tiempo, el mercado interno pasa a ser el motor determinante en el dinamismo económico. El sustento social se conforma por la masa de trabajadores asalariados que se habían expandido a partir de los años 30, a pesar de las acciones políticas de la élite en su intento de hacer perdurar el modelo agroexportador.

Las características singulares de esta etapa han sido ampliamente estudiadas bajo el título de Industrialización Sustitutiva (Ferrer, 2008). Este nombre pone el foco en la idea de que la actividad fabril emerge en nuestro país motivada por la necesidad de reemplazar los bienes que hasta ese momento provenían desde el exterior y que ahora, por razones exógenas, deben ser producidos localmente para su abastecimiento. No obstante, entendemos que esto obedece solo a la etapa defensiva de los años '30, tal como fue señalado anteriormente. De hecho, la etapa de industrialización la denominamos “Inserción Sectorial Internacional Difícil” para remarcar dos fenómenos fundamentales. En primer lugar, que esta estrategia fue deliberada (a partir del gobierno de Juan Domingo Perón), sustentada en la idea de que la industrialización estaba asociada al desarrollo soberano, y no solo una mera reacción a una nueva coyuntura mundial. En segundo lugar, que implicó un desafío mayúsculo, por ello la idea de inserción “difícil”. Argentina tuvo que generar nuevas capacidades que “naturalmente” no tenía. Así como la etapa “fácil” se basó en la inserción internacional a partir de las ventajas comparativas estáticas (derivadas de la dotación de recursos naturales), la industrialización requirió la generación de ventajas competitivas dinámicas fundadas en el cambio tecnológico y la incorporación de conocimientos y valor agregado a la producción⁵.

Las diferencias entre las etapas de ISID e ISIF se encuentran directamente asociadas a la dinámica del excedente. La estrategia “difícil”, requirió acumular productivamente el

⁵ Para conocer más sobre el rol del sector público con relación a la soberanía científica y tecnológica en el pensamiento latinoamericano, ver “La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina” de Jorge Sabato y Natalio Botana. Disponible en: http://docs.politicasciti.net/documents/Teoricos/Sabato_Botana.pdf

excedente para generar nuevas capacidades y quebrar el patrón de inserción internacional subordinado, desafiando las ventajas comparativas estáticas fundadas en los recursos naturales disponibles.

Con el golpe cívico-militar del año 1976 se inicia la tercera etapa, que denominamos “Inserción Sectorial Internacional Traumática” (ISIT) y abarca desde 1976 hasta la actualidad. Las características fundamentales de este periodo se basan en la inserción a la globalización, a partir de un modelo de acumulación basado en la valorización financiera y el proceso de desindustrialización acelerado (Basualdo, 2001). Los instrumentos para esto fueron básicamente la desregulación y apertura externa de los mercados y la reforma financiera del año 1977. En todo este periodo pueden identificarse subetapas con sus propias características. No obstante, un punto de inflexión, que implicó la prominencia de la valorización financiera sobre la productiva y la inserción subordinada a la globalización en el marco de los procesos de relocalización internacional de la producción (fundamentalmente hacia el sudeste asiático), en búsqueda de pagar menores salarios caracterizan la etapa.

La denominación de etapa “traumática” obedece a dos cuestiones. Por un lado, que esta etapa implicó una gran regresión social y productiva. Por otro lado, porque el modelo de acumulación financiera busca consolidarse no sin un alto grado de conflictividad. El sector subordinado sigue siendo un factor limitante para una estrategia de inserción internacional a partir de bajos salarios y en el bloque dominante existen intereses divergentes entre los grupos industriales exportadores y los enfocados al mercado interno. En este período, se desarrollaron “políticas carnales” de alineamiento automático a Estados Unidos y se produce el ingreso de Argentina al Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), perteneciente al Banco Mundial, lo que implicó pérdida de soberanía y poder del Estado frente a conflictos con las inversiones extranjeras directas. También se perdió soberanía en los conflictos financieros, ya que la mayoría de las emisiones de deuda externa a partir de esta etapa se hacen con jurisdicción legal fuera del país.

La mayor excepción a la generalidad del periodo, como se pondrá de manifiesto con los datos posteriores, se dio entre los años 2003 y 2015, debido a que durante esos años se pusieron en práctica intentos concretos de desconexión de la globalización financiera y se buscó establecer un modelo de acumulación basado en la expansión de mercado interno y la diversificación productiva.

3. ¿Qué muestran los datos?

3.1 Excedente, acumulación y financiamiento de la inversión en cada etapa histórica

En el Cuadro 1 se presentan los distintos indicadores relevados sobre la generación de excedente y su utilización para la acumulación productiva, la forma de financiamiento de la inversión, la acumulación improductiva, el ahorro doméstico y el desempeño económico general (evolución del PBI per cápita) en las distintas etapas históricas de Argentina. En todos los casos, el dato corresponde al promedio simple entre los años comprendidos en cada etapa.

Cuadro 1. Indicadores seleccionados por etapa (1882-2019). Promedio anual.

ETAPA		Excedente (en % del PBI)	Acumulación productiva		Ahorro doméstico (en % del PBI)	Financiamiento de la Inversión		Acumulación improductiva	PIB per capita (var. anual)
			Inversión Bruta Interna Fija (IBIF)			con ahorro del resto del mundo *	con ahorro doméstico	Diferencia entre Excedente y Ahorro doméstico	
			(en % del Excedente)	(en % del PBI)				(en % del PBI)	
Inserción sectorial internacional fácil	1882-1942	80,0%	19,2%	15,4%	14,0%	1,4%	14,0%	66,0%	2,1%
Inserción sectorial internacional difícil	1943-1975	77,4%	24,1%	18,6%	18,7%	-0,1% **	18,6%	58,6%	1,9%
Inserción sectorial internacional traumática	1976-2019	76,0%	23,9%	18,2%	17,5%	0,6%	17,5%	58,5%	0,7%

* Inversa del resultado de Cuenta Corriente (en términos del PBI).

** En los periodos donde se verifica que el ahorro del resto del mundo es negativo, debe interpretarse como reducción de la exposición deudora del país.

Fuente: Elaboración propia a partir de Fundación Norte Sur- Orlando J. Ferreres, Ministerio de Trabajo e INDEC.

Claramente se observan diferencias entre los indicadores que marcan las características de cada fase. Bajo la ISIF el nivel del excedente alcanzó una media del 80% del PBI, la más alta entre las tres. No obstante, fue la etapa con el menor porcentaje del excedente destinado a la inversión productiva. La Inversión Bruta Fija tuvo un promedio de 15,4% del PBI en este periodo. De estos, 1,4% del PBI fue financiado por el déficit de cuenta corriente, con lo cual el ahorro doméstico para financiar la inversión fue del 14%. Es decir, fue la etapa con mayor nivel de derroche de recursos o acumulación improductiva (66% del excedente). El mismo resultado se obtiene si se considera la

inversión bruta en términos del PBI. La etapa “fácil” tuvo la menor propensión inversora de las tres.

En la siguiente etapa de inserción “difícil” el excedente se reduce al 77,4% del total del PBI generado. El crecimiento del empleo y del poder de negociación de la clase trabajadora en el marco de la industrialización dio lugar a una mayor participación de los asalariados en el ingreso. En paralelo, esta etapa experimentó, comparativamente al periodo agroexportador, un mayor vuelco del excedente hacia la acumulación productiva, llegando a representar el 18,6% del PBI. También es diferente el mecanismo de financiación. La inversión, que representó el 18,6% del PBI, fue financiada en su totalidad por ahorro doméstico. Inclusive el ahorro doméstico (18,7% de PBI) excedió el monto invertido y permitió reducir la exposición externa a partir de un superávit promedio de la cuenta corriente del 0,1% del PBI.

Posteriormente, en la etapa traumática el excedente volvió a reducirse levemente llegando al 76% del PBI. Debe tenerse en cuenta que este promedio anual esconde una dinámica muy dispar del excedente entre las distintas subetapas del periodo. De hecho, la etapa traumática iniciada en 1976 fue la que tuvo la mayor divergencia en los niveles del excedente entre subetapas a su interior.

En términos de desempeño económico general, aproximado por la evolución del PBI per cápita, la etapa con el mayor crecimiento fue la de inserción “fácil”, con un promedio de 2,1% anual. En segundo lugar aparece la etapa de inserción difícil con un crecimiento medio de 1,9%. En consecuencia, respecto al modelo primario-exportador la ISID tuvo una expansión similar de la riqueza por habitante, con un comportamiento muy distinto en lo que refiere al excedente y su acumulación, como se expuso anteriormente. El ciclo iniciado en 1976 tuvo el desempeño más pobre (el PBI per cápita creció sólo 0,7% en promedio) en el crecimiento del PBI/h, aunque nuevamente tiene que advertirse que este promedio anual esconde subetapas totalmente distintas en la variación del PBI per cápita.

3.2. Interpretación de los indicadores por subetapa

El Cuadro 2 muestra los resultados de los indicadores distinguiendo entre las distintas subetapas de cada periodo. Nuevamente los datos reflejan el promedio simple entre los años cubiertos por cada etapa. Esta apertura permite observar las dinámicas particulares que se dieron dentro de cada una de las tres grandes etapas propuestas (etapa de inserción fácil, de inserción difícil y traumática). A continuación se presenta el análisis de los datos ordenados por etapa.

Cuadro 2. Indicadores seleccionados por subetapa (1882-2019). Promedio anual.

ETAPA		Excedente (en % del PBI)	Acumulación productiva		Ahorro doméstico (en % del PBI)	Financiamiento de la Inversión		Acumulación improductiva	PIB per capita (var. anual)
			Inversión Bruta Interna Fija (IBIF)			con ahorro del resto del mundo *	con ahorro doméstico	Diferencia entre Excedente y Ahorro doméstico	
			(en % del Excedente)	(en % del PBI)				(en % del PBI)	
Inserción sectorial internacional fácil (1882-1942)	1882-1914	81,8%	23,5%	19,3%	17,1%	2,1%	17,1%	64,7%	3,0%
	1915-1929	79,1%	14,0%	10,9%	10,3%	0,6%	10,3%	68,8%	2,1%
	1930-1942	76,5%	14,3%	11,0%	10,4%	0,6%	10,4%	66,1%	0,0%
	1882-1942	80,0%	19,2%	15,4%	14,0%	1,4% **	14,0%	66,0%	2,1%
Inserción sectorial internacional difícil (1943-1975)	1943-1955	76,7%	22,9%	17,5%	18,3%	-0,8%	17,5%	58,4%	1,7%
	1956-1975	77,8%	24,9%	19,4%	19,0%	0,3%**	19,0%	58,8%	2,1%
	1943-1975	77,4%	24,1%	18,6%	18,7%	-0,1% **	18,6%	58,6%	1,9%
Inserción sectorial internacional traumática (1976-2019)	1976-1983	84,3%	28,8%	24,3%	23,7%	0,5%	23,7%	60,5%	-0,6%
	1984-1990	80,7%	21,8%	17,5%	16,6%	0,9%	16,6%	64,0%	-2,3%
	1991-2002	79,8%	21,5%	17,2%	16,1%	1,0%**	16,1%	63,7%	1,0%
	2003-2015	67,7%	24,8%	16,8%	17,5%	-0,7%	16,8%	50,2%	3,5%
	2016-2019	66,8%	21,7%	14,5%	11,1%	3,4%	11,1%	55,7%	-2,0%
1976-2019	76,0%	23,9%	18,2%	17,5%	0,6%	17,5%	58,5%	0,7%	
PROMEDIO HISTÓRICO	1882-2019	78,1%	21,8%	17,1%	16,3%	0,8%	16,3%	61,8%	1,6%

* Inversa del resultado de Cuenta Corriente (en términos del PBI).

** En los periodos donde se verifica que el ahorro del resto del mundo es negativo, debe interpretarse como reducción de la exposición deudora del país.

Fuente: Elaboración propia a partir de Fundación Norte Sur- Orlando J. Ferreres, Ministerio de Trabajo e INDEC.

3.2.1. Inserción Sectorial Internacional Fácil (ISIF): 1882-1942

Durante la que se considera la “Era Dorada” de la economía, se generó el mayor excedente de la historia argentina. Esto fue posible por la conjunción de dos factores, el crecimiento del PBI per cápita y los bajos niveles redistributivos para el grueso de la población. Al mismo tiempo, el esfuerzo realizado para acumular productivamente (ahorro interno para financiar inversiones) es el más bajo para todo el período histórico analizado.

Dicho de otro modo, con un nivel récord de excedente (80% del PBI), la mayor parte de esos recursos se destinaron a acumular improductivamente (66% del PBI). Además, el déficit de cuenta corriente tuvo como consecuencia el desahorro nacional, financiado con inversión extranjera directa y endeudamiento externo.

Este último punto merece una consideración especial. Con un nivel de excedente récord, con una parte importante de la población pasando penurias⁶, la elite argentina recurrió al déficit de cuenta corriente de la Balanza de Pagos, el cual alcanzó un promedio de 1,4% del PBI por año, durante toda la etapa.

Para comprender el desenvolvimiento durante esta etapa, es crucial tener presente el escenario internacional. Inglaterra, tras la revolución industrial, se había configurado como la gran fábrica mundial y Argentina, como otros países del resto del mundo, fue consolidando su rol como proveedora de materias primas para la industrialización inglesa. Si bien el pensamiento hegemónico impuesto por el imperio británico consistía en las ventajas mutuas del libre comercio internacional, algunos países desafiaban estas ideas. A partir de 1870 Estados Unidos, Japón y Alemania comenzaron a aplicar políticas de protección para el desarrollo industrial, a partir de planificación estatal con importantes subsidios y empresas estatales, lo que iría modificando el Centro global.

En este marco, Argentina se incorpora a la economía global como exportador de alimentos y materias primas de origen agropecuario. La dinámica agroexportadora presentaba el siguiente funcionamiento: la radicación de empresas provenientes del núcleo dinámico (Inglaterra) y los créditos para financiar la infraestructura, generaban un mercado interno cuya amplitud iba a estar determinada, principalmente, por la cantidad de mano de obra del sector precapitalista que iba a ser absorbida, y ello dependía de la combinación entre el tipo de actividad donde se insertaba la empresa y la dotación (grado de diversificación) de recursos naturales del país. En este período, el motor del crecimiento fueron las exportaciones sustentadas en la dotación de recursos naturales, que se expandieron gracias al interés de la potencia hegemónica del momento, para facilitar esta actividad comercial. Así fue que entraron capitales extranjeros (en su mayoría británicos) que financiaron inversión extranjera directa (empresas) e infraestructura⁷.

En consecuencia, el modelo de inserción representó un modelo “fácil” para lograr un desempeño económico significativo, debido a la dotación de recursos naturales que tenía Argentina, su escasa población, y el impacto de la Revolución Industrial que requería una gran demanda de productos alimenticios. “El mundo”, que se resume a Inglaterra en ese momento, presentaba una dinámica a favor del modelo con su impacto en el comercio, en el movimiento de capitales y la circulación de personas a nivel global. Argentina jugaba un

⁶ Para información al respecto de la situación de la clase trabajadora en Argentina, ver “Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas” de Juan Biale Massé, 1904. Disponible en: <https://www.trabajo.gba.gov.ar/informacion/masse/Volumen1.pdf>

⁷ Aldo Ferrer (2008) va a identificar que la extranjerización del sistema productivo en Argentina fue, probablemente, la más alta del mundo, esto se refleja en que para 1913 el 50% del valor total de los activos fijos existentes estaba representado por capital extranjero radicado en el país.

rol complementario perfecto, por lo cual el modelo de Inserción Sectorial Internacional era totalmente funcional al modelo económico mundial del siglo XIX, y por lo tanto “fácil”.

Si se evalúa el desempeño económico en términos del PBI per cápita, “con la reducida magnitud de su población, Argentina alcanzó, en la década de 1920, un alto ingreso per cápita e indicadores sociales, reveladores de un nivel educativo y esperanza de vida considerables a escala internacional (...) En 1913, vísperas de la Primera Guerra Mundial, el ingreso per cápita en la Argentina alcanzaba al 50% del norteamericano y al 80% del promedio existente en el conjunto de las economías industriales” (Ferrer, 2008).

Los datos del Cuadro 2 muestran que este modelo mostró el mejor registro en la dinámica de PBI per cápita en la subetapa 1882-1914 cuando alcanzó una tasa media anual de 3%. Durante esta subetapa el excedente también fue el más alto de todo este periodo (81,8%)⁸ y tuvo el mayor porcentaje de acumulación productiva (19,3% del PBI) también en relación al resto de las subetapas del periodo. El financiamiento de la inversión a partir de ahorro externo fue el segundo más alto de todas las sub etapas históricas argentinas analizadas (déficit de cuenta corriente de 2,1% del PBI). En síntesis, el éxito de la etapa “fácil” que duró hasta 1914, descansó en un límite claro a los ingresos de la mayoría de la población, lo que explica el gran excedente generado, excedente que en buena medida no se volcó a la inversión productiva y se apoyó en el endeudamiento externo, aumentando la dependencia y exposición del país al contexto internacional. A esto debe añadirse que la baja acumulación productiva fue un factor decisivo para la escasa diversificación productiva que amplificó la vulnerabilidad del país. La concentración del ingreso prevaeciente no indujo un aumento de la propensión a ahorrar e invertir de la élite sino, antes bien, a sustentar consumos suntuarios que hicieron célebres, en París y en otras partes, a los millonarios argentinos (Ferrer, 2008).

Aún con algunos matices, esta dinámica funcionó durante la subetapa siguiente, entre 1915 y 1929, donde se resiente sobre todo el crecimiento (el PBI per cápita crece un 2,1% promedio), pero también se reduce aún más el grado de acumulación productiva (10,9% del PBI). Además, el brusco cambio en el escenario mundial en el periodo de entreguerras trabó la posibilidad de seguir financiando el crecimiento o con ahorro externo, si bien sigue manteniéndose el déficit de cuenta corriente (0,6% del PBI).

A partir del año 1929, la grave crisis económica producida por el cóctel de especulación financiera desenfrenada y un proceso de redistribución regresiva de ingresos, sumado a

⁸ Ferrer (2008), considera que la distribución del ingreso estuvo fuertemente influenciada por el hecho de que el poblamiento y apropiación de la propiedad de la tierra en la Argentina registran diferencias fundamentales con la experiencia de los otros espacios abiertos que se integraron a la economía mundial en la segunda mitad del siglo XIX. Cuando llegaron los inmigrantes, la propiedad de la tierra, especialmente en la provincia de Buenos Aires, estaba fuertemente concentrada. El latifundio resultó así la unidad económica dominante y su explotación descansó en su mayor parte en arrendatarios, medieros y otras formas de ocupación precaria de la tierra.

la incertidumbre sobre el futuro geopolítico del Centro, impactaron sustantivamente en el orden económico vigente. Así, la crisis provocaría el corte de los flujos comerciales que no se recuperarían durante mucho tiempo a raíz de las políticas proteccionistas aplicadas por los países desarrollados. La gran crisis generó a nivel mundial un derrumbe de los sistemas de pagos y del comercio, la caída de los precios de las exportaciones y un desplome de la demanda y de las transferencias de capitales. Esa situación afectó a las economías como la nuestra, ya que como no podían vender sus productos, no tenían acceso a divisas para pagar sus importaciones, enfrentándose así a una restricción externa que interrumpió la dinámica de acumulación. De esta forma, la crisis de la economía internacional dejó al descubierto la vulnerabilidad de la economía argentina, y el costo de haber mantenido durante casi 70 años, a partir de la unificación nacional en 1862 y hasta la crisis de 1930, un modelo basado en la política “librecambista”, es decir, primario-exportadora, con una economía altamente extranjerizada y dependiente. Exactamente lo contrario a lo que hicieron a partir de 1860 Estados Unidos, Alemania y Japón.

Entonces, la crisis se produce sobre la base, el marco regulatorio y las instituciones del modelo agroexportador. Los procesos de industrialización que ocurren antes del año 1943 se deben a restricciones externas, por ejemplo con la disminución de las exportaciones por la crisis, restricción que luego se ve reforzada por la Segunda Guerra Mundial y la consecuente dificultad de importaciones de bienes industriales. Al respecto, si una economía es dependiente de ciertas exportaciones y el mundo deja de comprarlas, la “culpa” es la falta de diversificación de exportaciones, lo mismo ocurre con el endeudamiento.

Los datos muestran que entre 1930 y 1942 el nivel de inversión sólo alcanzó al 11% del PBI, pero que el esfuerzo doméstico fue menor aún (el ahorro doméstico fue el 10,4% del PBI), lo cual da como resultado que con un excedente de 76,5% del PBI, la acumulación improductiva alcanza el 66,1%.

Entre 1929 y 1942 se mantuvo prácticamente inalterable el nivel del PBI per cápita. La imposibilidad de dar continuidad al modelo llevó a la élite económica a tomar diversas medidas tendientes a defender el modelo agroexportador. Como se explicó en el punto 2.3 respecto a la periodización establecida a partir de la crisis de 1930, golpe militar mediante que derrocó a Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930, se inicia la década conocida como infame. Los gobiernos ilegítimos de este período implementan una serie de medidas económicas para “salvar” el modelo agroexportador. Así, el Pacto Roca-Runciman de 1932 que otorgaba una serie de privilegios al capital inglés a cambio de que continúen comprando productos primarios a nuestro país; y en 1933 la creación de las Juntas Nacionales de Carnes y de Granos, las cuales tenían como función comprar los

excedentes agrícolas no exportados y establecer un precio sostén al trigo y a la carne. Esto provocó una redistribución del ingreso desde la mayoría de la población argentina que tenía que pagar el pan y la carne más cara que el precio de mercado para sostener la renta de los sectores agroexportadores. El Estado interviene en la economía para distribuir ingresos de los sectores populares hacia la élite económica que se había enriquecido exuberantemente entre 1862 y 1930. La élite argentina transfería el costo de la crisis a los sectores populares. En el mismo sentido, se crea el Banco Central de la República Argentina, de carácter mixto, con capitales públicos y privados. El último intento de la elite argentina de mantener el modelo agroexportador es el Plan Pinedo de 1940, comentado anteriormente.

En síntesis, el promedio de la etapa nos muestra que la misma conforma el período con el mayor nivel de excedente (80% del PBI), mientras el ahorro doméstico representó el 14% del PBI, dando como resultado un nivel de acumulación improductiva del 66%, el más alto de las tres etapas. Asimismo, cabe destacar que el nivel de déficit en cuenta corriente (ahorro del resto mundo que financiaba a nuestro país), alcanzó el 1,4% promedio anual para todo el período, el cual también es el más alto de las tres etapas. El resultado global muestra un nivel de excedente récord, un nivel de acumulación improductiva récord y un nivel de déficit en cuenta corriente récord para toda la historia argentina. Obteniendo como resultado un crecimiento del PBI per cápita de 2,1%.

3.2.2. Inserción Sectorial Internacional Difícil (ISID). 1943-1975.

La etapa “difícil” comienza en el año 1943, cuando la disputa interna dentro de las Fuerzas Armadas se resuelve a favor del sector nacionalista, que tendrá un giro decisivo con los sucesos de 1945, el llamado a elecciones y el triunfo de Perón. Nace así un gobierno donde los sectores subordinados llegan al poder político legítimamente.

A partir de entonces, el proceso de industrialización mercado internista es una decisión política y avanza de forma progresiva en la sustitución de importaciones de bienes con mayor complejidad, como fue la industria pesada, insumos y energía, hasta su final a mediados de la década del '70. Esto significó la expansión del movimiento obrero, que ocurrió en paralelo a la conquista de derechos, con una fuerte transformación social a partir del aumento de la clase media, la inclusión de sectores populares a la educación, la salud y el aumento de los asalariados. El mercado interno, a partir de la incorporación de nuevos asalariados y la mejora de sus ingresos, se erige como el motor dinamizador del aparato productivo. El aumento de la productividad, la sostenibilidad de niveles cercanos al pleno empleo y orientar la acción estatal para un reparto relativamente equitativo entre

salario y ganancia del capital, que a su vez se manifestaba en la expansión de la demanda agregada, tanto por el aumento del consumo como la inversión y, con ella, la acumulación de capital que permitía ampliar la producción.

Contrariamente al modelo “fácil” iniciado en 1882, el escenario internacional de la posguerra y los objetivos de industrialización implicaron tomar decisiones en materia económica y productiva que representaron un gran desafío nacional. El mundo que se configuró a partir de la crisis del '30 y de los Acuerdos de Bretton Woods de 1944 (proteccionismo en los países centrales y exigencias de apertura en los periféricos), requirieron que Argentina transformarse su perfil productivo contra las leyes del mercado y lo convirtiese en un país que pueda producir localmente bienes más complejos. Desde ese momento, existió un modelo que, de hecho y de derecho, se sustentó en el mercado interno con la limitación que eso implicaba.

La primera subetapa de la ISID (1943-1955) muestra un nivel de excedente del 76,7% del PBI, por debajo del promedio de la etapa “fácil”, y que se explica por el proceso de mejora de ingreso y condiciones de trabajo de los asalariados. De ese excedente, el 22,9% se destinó a la inversión productiva, un porcentaje mayor que en el modelo anterior. Aun con un excedente más pequeño en términos relativos (menos recursos susceptibles de ser acumulados) el impulso que tomó la inversión dio como resultado que la inversión en términos de PBI alcance el 17,5%. Esto es, mejoró el nivel de vida de la población, pero no fue a costa del nivel de inversión.

El esfuerzo social de esta etapa se ve con el nivel de ahorro interno que fue del 18,3% del PBI. Este ahorro sirvió para financiar íntegramente la inversión (17,5% del PBI) y sobró para reducir la exposición externa a partir de un superávit de cuenta corriente del 0,8% del PBI. Está subetapa muestra por primera vez un superávit en cuenta corriente. Por su parte, la acumulación improductiva fue sólo del 58,4%.

Estos datos no solo demuestran un proceso de acumulación productiva de mejor desempeño que el promedio del modelo “fácil”, sino que también permiten ver las diferencias con la década del 30 cuando comienza la industrialización sustitutiva, subetapa que denominamos defensiva y la incorporamos al modelo la etapa “fácil”. A diferencia de la subetapa 1930-1942, la subetapa 1943-1955 tuvo un mayor porcentaje de inversión sobre PBI, un resultado opuesto en las cuentas externas, o sea, ahorramos en lugar de desahorrar y mostró una dinámica significativamente mejor en términos del PBI per cápita, un crecimiento de 1,7% respecto a una variación nula del PBI per cápita en la década del '30, mientras mejoraban las condiciones sociales de la población.

La segunda subetapa (1956-1975) del periodo presenta datos similares a la subetapa anterior, tanto en términos del excedente y su acumulación. El excedente medio fue de

77,8% y el nivel de inversión financiado con ahorro interno fue del 19% del PBI. Esto dio como resultado un nivel de acumulación improductiva de 58,8% del PBI. El crecimiento promedio por habitante de este período fue de 2,1%. El resultado de la cuenta corriente se revierte, mostrando un leve déficit contra el resto del mundo de 0,3%. En definitiva, la segunda subetapa de la ISID se diferencia de la primera por un mejor desempeño en términos de crecimiento, una tasa de inversión más alta y un saldo negativo de las cuentas corrientes.

En su totalidad esta etapa “difícil” muestra un crecimiento del PBI per cápita del 1,9%, no muy lejano al 2,1% de la primera etapa, con un nivel de excedente algo menor (77,4%) producto del incremento en las condiciones de vida, una reducción de la exposición externa de 0,1% del PBI, un mayor nivel de esfuerzo social (ahorro) y un menor derroche de recursos hacia el consumo suntuario. No parece ser una etapa de “justicia social” basada en el despilfarro de recursos a partir de un populismo cortoplacista.

3.2.3. Inserción Sectorial Internacional Traumática (ISIT). 1976-2019.

“La Edad de Oro” del capitalismo llegó a su fin durante la década de 1970. El régimen de acumulación había empezado a dar señales de agotamiento a fines de la década anterior en los países centrales, que se manifestaban en una caída de la tasa de ganancia producida por el estancamiento de la productividad de la fuerza del trabajo. El círculo virtuoso del “fordismo” ya no era tal. La incapacidad del capitalismo de avanzar hacia formas de organizar la producción que recuperen el ritmo de progreso técnico de la postguerra recayó sobre los trabajadores, desarticulando las formas de reparto del excedente. En este contexto, el Estado de Bienestar, garante ineludible de la reproducción de una economía moderna, empezaba a ser visto como un obstáculo desde la perspectiva de la valorización del capital. La potencia que había adquirido la clase trabajadora, con el casi pleno empleo y el poder de los sindicatos resultaba inconsistente con la modalidad de salida de la crisis elegida por el conjunto de capitales financieros y fuerzas políticas conservadoras que llegaban a los gobiernos de los países centrales. En consecuencia, una serie de sucesos marcarían las características para un nuevo orden económico mundial, a saber:

a) En 1971 se produce la salida de la Convertibilidad del dólar decretada unilateralmente por la administración norteamericana lo que significó el mayor default de la historia;

b) A partir de ese momento se toman una serie de medidas desregulatorias de los mercados financieros en la mayoría de los países centrales, que a principios de los años



´80 adquieren mayor impulso bajo los gobiernos de R. Reagan (EE.UU.) y M. Thatcher (Reino Unido);

c) Aceleración en el proceso de reducción de aranceles al comercio internacional promovidos por GATT, lo que posibilitó a las empresas multinacionales reestructurar su producción a escala global y restringe a los países semi-industrializados la posibilidad de ampliar sus protecciones comerciales por esta vía.

d) Esta mayor libertad de acción al capital transnacional permitió compensar la caída en la tasa de ganancia deslocalizando su producción manufacturera de las actividades más simples en los países de Asia, explicando la emergencia de nuevos “jugadores”: los tigres asiáticos.

La conjunción de estos factores determinó la reestructuración de las estrategias comerciales de las grandes corporaciones, lo que motivaría un nuevo accionar de largo plazo y la conformación de un nuevo orden económico mundial.

En este nuevo régimen de acumulación es posible remarcar dos rasgos centrales. Por un lado, la preeminencia del capital financiero facilitada por la salida de la convertibilidad del dólar y las desregulaciones sobre el sector llevadas adelante en la mayoría de los países centrales, permitió un nuevo esquema de obtención de rentas a partir de múltiples mecanismos que van desde las altas tasas de interés reales y distintas formas de apreciación de bonos y acciones, hasta mecanismos de repatriación de utilidades y remuneraciones por servicios a empresas subordinadas en los países periféricos. La renta reemplaza a la ganancia, pareciendo hacer realidad la pretensión de autonomía del capital financiero por sobre el capital productivo⁹. Todo ello, “abrió el camino hacia el régimen de valorización financiera, que tuvo en el endeudamiento público un aspecto central” (Iñiguez, 2017:31). En este sentido, crece la especulación financiera por sobre la inversión productiva.

En materia estrictamente productiva, se consolida el proceso de globalización. La deslocalización de los procesos productivos en las grandes firmas mundiales, fundamentalmente en el sudeste asiático, buscando bajar costos laborales sobre la base de menores salarios y la posibilidad de obtener condiciones de mayor flexibilidad laboral. Utilizar la mano de obra barata que ofrece China y el sudeste asiático, en términos generales, y la preeminencia de los capitales financieros sobre los productivos, son los dos rasgos centrales de lo que conocemos como globalización.

⁹ Para una mayor explicación sobre el nuevo orden económico mundial iniciado en la década de 1970, ver Entrelíneas de la Política Económica N° 39. Año 2014. Disponible en:

http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/38343/Revista_completa.pdf?sequence=1&isAllowed=y

La crisis del Estado de Bienestar a nivel internacional impactó a nivel mundial en el crecimiento económico, en la disminución del consumo, en la retracción de la inversión, en las tasas de ganancia, en el aumento del desempleo y en severas crisis de legitimidad del Estado por la expansión del neoliberalismo. No obstante a ello, si bien los países centrales redujeron la progresividad de sus sistemas impositivos en ese período y ciertas políticas sociales, no realizaron las profundas transformaciones regresivas y de desmantelamiento en sus aparatos productivos, que sí recomendaron a la periferia mundial vía organismos internacionales. En este sentido, los países periféricos, como el caso de Argentina, que hasta ese momento se encontraban desendeudados y con mayor autonomía en su política económica, adoptaron un cambio en el régimen de acumulación orientado a la financierización. Así, a partir de institucionalizar los intereses de los países centrales en la periferia, es como inicia un largo proceso de desmantelamiento y desarticulación de empresas públicas, del sistema científico y tecnológico, del sistema educativo, del sistema previsional, de política social, de desindustrialización y de empobrecimiento generalizado de las clases populares.

La conexión financiera (1976-1983)

Estos cambios en el mundo generan la necesidad de readaptar el modelo local. Era un momento para pensar cuál era el camino a seguir y rescatar lo bueno de los dos modelos anteriores. Lógicamente, la salida no era entrar al modelo financiero como se aplicó desde 1976 en adelante. La decisión de insertarse pasivamente en la globalización financiera a partir de 1976 implicaba de hecho desarticular las capacidades productivas construidas durante las dos etapas anteriores; tanto el sistema educativo público que se construyó desde el s. XIX como el sistema científico tecnológico a partir de mediados del s. XX. Consecuencias que también impactaron en la actividad de YPF, empresa que, desde su fundación en 1916, cumplía un rol estratégico como fue abastecer de gas barato a la industria y de gasoil barato al sector agropecuario. También impactaron en el entramado productivo, provocando su desarticulación y el quiebre de muchas empresas, lo que implicó la pérdida de los saberes que se habían incorporado en las empresas privadas.

En este sentido, en Argentina, además del régimen de terror y represión que impuso la dictadura cívico militar que tomó el poder en 1976, en el plano económico se instauró un plan económico con las características de lo que luego sería conocido como el Consenso de Washington, un modelo de valorización de lo financiero por sobre el esquema productivo. En concordancia, puso en práctica fuertes corrimientos del Estado en servicios sociales y desregulaciones laborales y de los mercados financieros y de bienes y servicios.

La profundidad del impacto social de los cambios impuestos por la dictadura se refleja en el excedente generado. Entre 1976-1982 el excedente alcanzó el 84,3% del PBI, siendo la primera subetapa récord en generación del excedente de todas las analizadas. El disciplinamiento de la clase trabajadora, buscó justamente reasignar el ingreso nacional de los asalariados hacia el capital. La IBIF tuvo una dinámica importante, explicada en buena medida por la construcción y por la compra de armas para la posible Guerra contra Chile, la guerra contra Gran Bretaña y el equipamiento de las fuerzas represivas contra el pueblo durante todo el período. La IBIF representó en promedio un 24,3% PBI. Esta inversión fue financiada en parte con ahorro doméstico (23,7% del PBI) y también con ahorro externo (el déficit de cuenta corriente fue en promedio un 0,5% del PBI). La economía sufrió una retracción generando que el ingreso por habitante caiga 0,5% anual en promedio durante esos años. En consecuencia, esta subetapa tuvo retracción económica con redistribución regresiva del ingreso a costa de la clase trabajadora con una reorientación del excedente hacia la inversión que igualmente elevó la acumulación improductiva por sobre el 80% del PBI, y un retorno a la utilización del financiamiento externo como vía para financiar el gasto interno. Todo este proceso generó una transformación en la economía nacional que condicionará de forma profunda el desenvolvimiento económico y social futuro. En otros términos, si bien no se gobernó en continuo desde ese momento en adelante con esta política, fue determinante para la economía argentina.

La década perdida (1984-1990)

Con el retorno de la democracia inicia la segunda subetapa de este periodo (1984-1990). Alfonsín soportó un país sobreendeudado en una situación internacional muy adversa, con precios muy bajos de los productos exportados por Argentina y tasas de interés internacionales altísimas. La región soportaba estas características después de la salida de las distintas dictaduras. Dados estos condicionantes, todas las economías de la región sufrieron caídas en su PBI y, a posteriori, este período fue nombrado como la Década Perdida. El costo socio-económico se pagó en una caída profunda del PBI per cápita, con un promedio anual de 2,3%, siendo la peor subetapa histórica de acuerdo a este indicador. Aunque se redujo un poco, el excedente siguió siendo elevado (80,7%) producto de la espiral inflacionaria y la consiguiente caída del salario en términos reales. La inversión en términos del PBI fue del 17,5%. La retracción inversora en este periodo no se ve reflejada en el porcentaje, ya que cae el denominador de la tasa de inversión (es decir, el PBI) en un marco de inestabilidad macroeconómica y de brusco decrecimiento.

El ingreso al primer mundo (1991-2002)

Los años '90 representan claramente otra subetapa. La convertibilidad de la moneda, las privatizaciones y el proceso de desregulación de los mercados y apertura comercial vinieron a completar las reformas iniciadas por la dictadura cívico militar. En este sentido, esta década fue una profundización de la anexión argentina a la globalización financiera, con el endeudamiento externo actuando nuevamente como un factor condicionante que terminó con el default del año 2001.

El excedente se mantuvo alto (79,8% del PBI), la inversión (17,2% del PBI) tuvo una dinámica cercana al promedio histórico. Lo notorio de esta época es el uso del ahorro externo como forma de financiar la inversión doméstica. La cuenta corriente mostró un déficit promedio anual de 1% en esta subetapa, solo superada por la primera subetapa del período fácil (1882-1914) y por la subetapa con el récord histórico de déficit en cuenta corriente que va del 2016 al 2019. Lo llamativo de este periodo es que cuando uno observa la dinámica del excedente y su acumulación, el patrón no difiere de la subetapa anterior: alto excedente, una propensión media a invertir estos recursos, un uso significativo del ahorro del resto del mundo y un nivel relativamente alto de acumulación improductiva. La mayor disparidad se observa en la evolución del PBI per cápita que claramente tuvo rendimientos opuestos mostrando un crecimiento del 1% del PBI/h.

La desconexión financiera (2003-2015)

La cuarta fase (2003-2015) de la etapa traumática está caracterizada por un intento de desconexión de la globalización financiera. Los hechos más evidentes en estos aspectos son tres. En primer lugar, el NO al ALCA (Acuerdo de Área de Libre Comercio de las Américas) en 2005 y la decisión de reconstruir los lazos en el MERCOSUR y, desde allí, a toda la región; acompañado con una política externa de multilateralismo (no a las políticas carnales). En segundo lugar, la cancelación de la deuda con el FMI, lo cual permitió recuperar la toma de decisiones sobre la política económica interna. Finalmente, en tercer lugar, la reestructuración de la deuda dejada en default en la etapa anterior, en términos muy convenientes para el país respecto al nivel de quita de capital logrado.

Los datos muestran que el excedente generado en esta subetapa cayó a 67,7% del PBI. Esto refleja la mejora progresiva de los salarios y de la tasa de empleo, en el marco de una mejora de la institucionalidad laboral, y el aumento del gasto social, factores que se tradujeron en la expansión del CRP. De la masa de recursos susceptibles de ser acumulados, aproximadamente un cuarto se destinó a ampliar las capacidades productivas (la IBIF sobre el excedente fue del 24,8%). La industria manufacturera fue receptora de buena parte de la inversión productiva del periodo. De hecho en estos años se observó un proceso de complejización y diversificación de la matriz de producción. En

un contexto de precios internacionales que empujaban hacia la especialización primaria, las decisiones de política económica del gobierno (entre ellas la aplicación de derechos de exportación en las materias primas) permitieron llevar a cabo un proceso de industrialización (con sus luces y sombras) que destaca la economía argentina sobre el resto de los países de la región. Esto queda plasmado en la evolución de las exportaciones industriales en Argentina y el resto de países latinoamericanos. En Argentina las exportaciones de origen industrial pasaron de presentar un promedio de 28,7% en 2003-2005 a 31,3% en 2013-2015. El resto de los países de la región se primarizaron y experimentaron una caída de la participación de las exportaciones industriales (Cuadro 3)¹⁰.

Cuadro 3. Evolución de la participación de las exportaciones industriales en el total exportado (en US\$ FOB). Países seleccionados

	Promedio 2003-2005	Promedio 2013-2015	Variación p.p
Argentina	28,7	31,3	↑ 2,6
Brasil	52,7	36,4	↓ -16,3
Chile	16,4	14,1	↓ -2,4
Colombia	36,7	19,8	↓ -16,9
México	79,5	79,3	↓ -0,2
Perú	19,4	14,7	↓ -4,7
Uruguay	32,6	24,4	↓ -8,2
América Latina y el Caribe	53,1	49,4	↓ -3,7

Fuente: Elaboración propia a partir de CEPAL

A pesar de las fluctuaciones del producto a partir del año 2011, cuando comienza a operar de manera notoria la restricción externa, la tasa anual media de crecimiento de PBI per cápita entre 2003 y 2015 fue del 3,5%, el valor más alto mostrado por todas las subetapas históricas consideradas, inclusive superando al registro de la mejor subetapa del modelo agroexportador (1882-1914) que tuvo una expansión del ingreso por habitante del 3,0%. El otro rasgo destacado del período 2003-2015 es el superávit de la cuenta corriente (un promedio anual del 0,7% del PBI). El ahorro doméstico en porcentaje del PBI

¹⁰ Véase al respecto: “Desempeño de la industria argentina durante la posconvertibilidad: su revalorización histórica y sus limitaciones”, *Entrelíneas de la Política Económica*; N°. 50, 2017.

fue del 17,5% de los cuales el 16,8% se tradujo en inversión doméstica y el 0,7% sirvió para reducir la deuda con el resto del mundo. La acumulación improductiva fue la más baja de todas las subetapas históricas (50,2% del producto).

En definitiva, el ciclo de 2003-2015 fue una subetapa que experimentó un fuerte crecimiento del ingreso por habitante a la par que mejoró la distribución de dicho ingreso (aumento del CRP) a partir de la recuperación del aparato productivo. Dentro de la etapa traumática abierta por las transformaciones de la dictadura a partir del '76, esta subetapa fue un intento de desconexión de la globalización financiera y una vuelta a centrar la economía en la producción como eje articulador de lo social. El régimen de acumulación de la postconvertibilidad se basó en la recomposición del salario real, la recuperación de empleo formal privado y el fomento al consumo para aumentar la demanda interna. En la reducción de la desigualdad social y la pobreza en términos de ingreso contribuyeron también las políticas sociales como la Asignación Universal por Hijo, el aumento de la inversión pública así como la ampliación de la cobertura del sistema previsional, entre otros. Además, durante este periodo el excedente fue reorientado a la acumulación productiva. Se incrementó la capacidad productiva vía aumento de la inversión, principalmente en maquinaria y equipo. Todo este proceso estuvo acompañado por una reducción de la exposición externa por un superávit en cuenta corriente apoyado en la mejora de los precios internacionales de las materias primas a partir de 2007, pero también en cierta diversificación de las exportaciones hacia productos industriales.

El retorno a la conexión financiera (2016-2019)

La subetapa que inicia a finales de 2015 hasta 2019, representó un regreso a la conexión con la globalización financiera. Se reestableció el alineamiento automático con Estados Unidos, se decidió el pago de la sentencia del juez Griesa en los términos establecidos por éste (altamente desfavorables para nuestro país), y se organizó un esquema macroeconómico ya conocido en Argentina por haberse implementado en ocasiones anteriores: alto nivel de endeudamiento externo, altas tasas de interés doméstica vía aumento de la absorción de la liquidez del BCRA con colocación de bonos (LEBAC), con la novedad de la posibilidad de adquisición por privados no financieros, la modificación en diciembre de 2015 del Decreto 616/2005, que dificultaba la entrada y salida de capitales financieros de cortísimo plazo, se realizó para que no tengan que cumplir con encajes (inmovilizar fondos por un período determinado), lo que benefició al capital especulativo; todo acompañado con un discurso pro mercado y de supuesta racionalidad.

El esquema macroeconómico dio como resultado un tipo de cambio que, después de la devaluación inicial, se fue apreciando, fundamentalmente por el alto nivel de endeudamiento externo público y privado (entre 2016 y 2017 Argentina fue el país que más deuda externa tomó en el mundo). Al mismo tiempo, la absorción de pesos vía LEBAC estableció tasas de interés muy altas, que determinaban una ganancia de 40% anual en dólares por esa vía. Esto atrajo más capitales de corto plazo (especulativos o golondrina) y también colocaciones de agentes económicos internos que detectaban que “rendía” mucho más comprar LEBAC que materias primas o bienes de capital. Para marzo de 2016 Argentina era una de las plazas más rentables del mundo para la especulación financiera.

El programa macroeconómico logró un apoyo político muy importante, naturalmente del oficialismo y de buena parte de la oposición (gremial y política), lo que garantizó la aprobación de todas las leyes propuestas por el oficialismo. Además contó con el apoyo de los organismos internacionales de crédito y por las calificadoras de riesgo que mejoraron la nota de Argentina.

El esquema macroeconómico duró hasta principios de 2018, cuando los mercados internacionales se cerraron para Argentina por su gran ritmo de endeudamiento. Allí la única alternativa fue recurrir al salvataje del Fondo Monetario Internacional, por una cifra récord de crédito del organismo (USD 57.100.000.000), en donde es evidente que se trató de una decisión política de E.E.U.U. De cualquier manera, semejante apoyo no logró generar confianza y la corrida contra el peso se profundizó.

Por último, para caracterizar la situación, se puede citar el informe de la agencia Bloomberg de julio de 2019, el cual califica a los países emergentes por su grado de vulnerabilidad. Hasta ese momento, la lista era encabezada por Turquía en conflicto contra los E.E.U.U. de Donald Trump, además de otros problemas, y en segundo lugar se encontraba Argentina. Bloomberg decidió pasar a Argentina al primer lugar, como el emergente más vulnerable del mundo, a pesar de contar con el apoyo de los EEUU de Trump y un crédito del FMI récord para la historia del organismo y del país.

Lo dicho anteriormente revela más consideraciones para calificar la gestión económica de esta última subetapa que terminó con otro récord: el default de la deuda en pesos. Los indicadores analizados muestran para este período una caída del PBI per cápita del 2%, el segundo peor registro de la historia argentina, un nivel de inversiones financiadas por ahorro doméstico del 11,1%, uno de los tres peores períodos de la historia argentina, una caída del excedente de 0,9% del PBI explicado por la caída del PBI y un nivel de aumento de la exposición externa (déficit en cuenta corriente de la Balanza de Pagos), récord para toda la historia argentina (3,4% del PBI). Todo esto da como resultado un salto

significativo de la acumulación improductiva, también con un récord, en el salto, para la historia argentina al pasar de 50,2% a 55,7% en solo cuatro años.

4. Reflexiones finales

Al analizar el desempeño histórico de la economía argentina, el discurso hegemónico liberal suele remarcar que la imposibilidad de sostener tasas de crecimiento continuo en el país se debe principalmente a las decisiones de política económica tomadas durante las etapas gobernadas por el “populismo”. De acuerdo a este enfoque, en estas etapas predominan políticas de visión “cortoplacista” que buscan mejorar el bienestar social presente a costa de comprometer las bases futuras para el crecimiento. Esto se debe a que los gobiernos promueven la mejora de los ingresos y el consumo de la mayoría que no se condice con las condiciones materiales del país y se “sobregastan” o “despilfarran” recursos (tanto provenientes del ahorro interno como del resto del mundo) para sostener niveles “artificiales” de consumo que deberían orientarse hacia la inversión productiva. La raíz del problema está en las “aspiraciones” exageradas de la clase trabajadora. El remedio consiste, por lo tanto, en reducir el salario directo e indirecto (diversos subsidios y derechos). El gasto social desmedido y conformar otro set de tipo de cambio efectivo que favorezca a otros sectores (contratistas del Estado, sectores primarios exportadores y grandes empresas endeudadas externamente).

En este trabajo se buscó demostrar, a partir del análisis del excedente y su utilización a lo largo de la historia, que esta visión confronta con la evidencia disponible. Más aún, los datos demuestran lo opuesto a lo sostenido en el discurso dominante. Son las etapas tildadas de “populistas” donde se pudo compatibilizar mejoras del bienestar general, un mayor esfuerzo social (ahorro doméstico), alcanzar un razonable nivel de acumulación productiva y, por ende, un menor grado de “despilfarro” de recursos. En cambio, fue durante las etapas gobernadas de forma “racional” donde los niveles de excedente son más altos (por menores niveles salariales) pero los sectores dominantes utilizaron ese excedente de forma improductiva (en gastos suntuarios o fuga de capitales).

La evolución de las cuentas externas ratifica este patrón. Son los gobierno “racionales” los que acuden al endeudamiento externo para financiar el déficit de cuenta corriente, procesos que han llevado a que Argentina tenga en su haber tres defaults de deuda (1982, 2001 y 2018), mientras que bajo los gobiernos “populistas” se orientan los recursos reduciendo el consumo suntuario, para pagar las deudas contraídas por los “racionales” y “responsables”.

En términos históricos, los principales resultados a partir del análisis de los datos sobre el excedente son los siguientes:

- El modelo económico imperante en la “Era Dorada” de la economía argentina (1882-1943) logró un desempeño económico destacado (el PBI per cápita creció 2,1% por año), a partir de un modelo “fácil” debido a la dotación de recursos naturales disponibles, la escasa población en el país, y el impacto de la Revolución Industrial que requería una gran demanda de productos alimenticios en los países centrales (quienes además financiaron las inversiones necesarias en Argentina para que se especializara en lo que requería la economía mundial).

Pero una evaluación completa del periodo debe tener en cuenta otros aspectos. Durante la que se considera la “Era Dorada” de la economía, se generó el mayor excedente de la historia argentina, con un nivel récord de excedente (80% del PBI), la mayor parte de esos recursos se destinaron a acumular improductivamente (66% del PBI). Además, el déficit de cuenta corriente tuvo como consecuencia el desahorro nacional, financiado con inversión extranjera directa y endeudamiento externo. Con un nivel de excedente récord y con una parte importante de la población pasando penurias, la elite argentina recurrió al déficit de Cuenta Corriente.

Este periodo, además, reflejó su debilidad inherente con el devenir de la gran crisis de 1929-1930. La alta especialización productiva en materias primas y la dependencia de manufacturas importadas hizo insostenible la continuidad del modelo, provocando que la elite gobernante tomara diversas medidas defensivas (para que el costo de la crisis lo paguen los sectores populares), buscando frenar lo que era una agonía inevitable. Pero lo que cabe destacar es que no pueden dissociarse la matriz productiva y la dependencia del comercio exterior de la dinámica del excedente y su vuelco hacia la acumulación improductiva. Si hay una etapa donde existió despilfarro de recursos e incapacidad para orientar la inversión comprometiendo el crecimiento futuro fue durante el modelo agroexportador. A esto hay que añadirle otro agravante más. Este “despilfarro” no fue para consumo de las mayorías, sino que se orientó al consumo exclusivo de la elite rentista del país.

- Este proceso cambia radicalmente a partir de la llegada al poder de los sectores subordinados en 1943. La expansión del movimiento obrero fue en paralelo a la conquista de derechos, con una fuerte transformación social. El proceso de industrialización apoyado en el mercado interno avanzó de forma progresiva en la sustitución de importaciones de bienes con mayor complejidad, como fue la industria pesada, insumos y energía, hasta su final a mediados de la década del '70.

Más allá de las divergencias entre las subetapas de este período (1943-1955 y 1956-1975), hay un patrón general en lo referente al excedente que refleja las diferencias entre este modelo “difícil” y la etapa “fácil” previa. El excedente (en términos del PBI) cayó por las mejoras en los ingresos de las mayorías, mientras que el porcentaje del excedente destinado a la acumulación productiva aumentó respecto a la etapa previa. Esto significa que mejoró el nivel de vida de la población, pero no a costa del nivel de inversión. El sacrificio social, medido a través del nivel de ahorro doméstico, fue más alto que durante la etapa precedente. Del mismo modo, entre 1943 y 1975 hubo un menor grado de acumulación improductiva que entre 1882 y 1942.

- A partir de 1976, con el golpe cívico-militar y las reformas implementadas comenzó una etapa “traumática” para el pueblo argentino (1976-2019). Esta etapa combinó una pauperización de las condiciones de vida del pueblo trabajador, un muy débil crecimiento del producto per cápita (en esta etapa el PBI per cápita creció sólo 0,7% promedio anual).

Otro rasgo importante de esta etapa es la gran disparidad de experiencias entre las subetapas. Entre 1976 y 2019 conviven la subetapa de mayor participación del excedente desde 1882 a la actualidad, que se dio a partir de la reestructuración regresiva de la dictadura cívico-militar cuando alcanzó el 84,6% del PBI, con la subetapa histórica de menor participación del excedente, que fue 2003-2015 con un nivel del 67,7% del PBI. Al mismo tiempo, durante este periodo “traumático” se da la subetapa (2003-2015) de mayor crecimiento anual del PBI per cápita desde 1882, con una tasa promedio anual de 3,5%, con la subetapa de mayor retroceso (1984-1990) con una contracción del 2,7%.

Los datos sobre crecimiento y acumulación del excedente llevan a revalorizar la experiencia 2003-2015. Durante estos años se dio un intento claro de desconexión de la globalización financiera, privilegiando la acumulación productiva y la mejora en los ingresos de los sectores populares. En ese sentido, fue una subetapa que se diferencia notablemente del patrón general del resto del periodo iniciado en 1976. El excedente fue sólo el 67,7% del PBI, del cual un cuarto fue destinado a inversión bruta. Además, se logró bajar el endeudamiento externo (el superávit de cuenta corriente promedio anual fue del 0,7%). De hecho fue la única subetapa con cuenta corriente positiva del periodo. Esto contradice la idea de etapa “populista” con la connotación negativa que atrae consigo y que reuniría un patrón de consumo presente de los recursos a costa de las generaciones futuras.

Hoy se discute mucho cómo adaptarnos al nuevo mundo, donde predominan lógicas de financierización de la economía y pautas de consumo globales, y en general se pone de manifiesto la necesidad de una reforma laboral (para que los y las trabajadores/as pierdan derechos), reformar el Estado (para reducirlo en materia de gasto social), y se discute o

se propone discutir las medidas de desmantelamiento de la justicia social. En este sentido, queda relegado del discurso económico dominante la posibilidad de poner en prácticas políticas de desarrollo tecnológico, del mejoramiento del sistema educativo, del sistema de salud, del desarrollo de producciones complejas que sirvan también para diversificar exportaciones.

El análisis sobre la dinámica y destino del excedente en la historia argentina no se condice con la idea del “populismo” que privilegia el consumo sobre la inversión, buscando un bienestar “artificial” que se paga a largo plazo. Por el contrario, las etapas gobernadas por el populismo en general se basaron en una eficiente utilización del excedente, no a costa de la inversión. Son las etapas gobernadas por las élites dominantes las que muestran un nivel de acumulación improductiva muy alto, rondando el 66% del PBI, conjugados con déficit en cuenta corriente y un nivel de ahorro doméstico bajo.

Asimismo, las consideraciones finales de este trabajo se pueden sintetizar como:

i. La primer etapa (1882-1942) fue fácil, la primera potencia mundial nos venía a comprar lo que nos sobraba, valiosos recursos naturales disponibles gracias a la Pampa Húmeda, que no necesitó fabricación previa, sino el despliegue de la “Campaña del desierto” donde fuerzas militares asesinaron y desplazaron a la población para explotar grandes extensiones de territorio. Además, Inglaterra financiaba la inversión requerida para explotar estos recursos, orientando los capitales hacia los sectores productivos de exportación (por ejemplo, frigoríficos), con lo cual no era necesario que la elite ahorrara. El derroche del excedente (léase, la acumulación improductiva) que caracterizó a este periodo, se manifestaría a partir de la gran crisis mundial cuando la aguda especialización productiva impediría continuar con el modelo vigente (más allá de los intentos infructuosos de la década de 1930).

ii. La segunda etapa (1943-1975) fue difícil, porque perdimos al cliente más importante del mundo de ese momento (Inglaterra) y tuvimos que buscar otro patrón de crecimiento. El país tuvo que diversificar su base de producción hacia sectores cada vez más complejos, en los cuales no existían ventajas naturales y que exigieron, por lo tanto, nuevas capacidades productivas y tecnológicas, escuelas técnicas, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), entre otros organismos que formaron un sistema nacional de innovación, y un entramado productivo industrial que aprendió haciendo y requirió de calificación de la mano de obra. Además, a diferencia de la etapa anterior, si bien existió inversión extranjera en sectores industriales, no se observó un flujo de

capitales externos de la magnitud de la etapa anterior. De hecho, durante esta etapa los números muestran que el país se desendeuda externamente.

iii. Los llamados gobiernos “populistas” aumentaron los ingresos de los sectores populares, lo que achicó el excedente, pero al mismo tiempo éste fue mejor utilizado ya que sostuvo o aumentó el nivel de acumulación productiva y disminuyó el nivel de endeudamiento externo. Es decir, contrariamente al discurso dominante que culpa al “populismo” por ser uno de los grandes limitantes al desarrollo nacional debido a su visión “cortoplacista”, los datos muestran que las experiencias populistas (de 1943 a 1975 y de 2003 a 2015) son las que lograron mejorar la calidad de vida de la gente sin afectar la inversión productiva y sin recurrir al endeudamiento externo.

Bibliografía

Azpiazu, D., & Nochteff, H. (1995). *El desarrollo ausente: restricciones al desarrollo, neconservadorismo y elite económica en la Argentina*. Ensayos de economía política. Tesis grupo editorial Norma.

Azpiazu, D; Basualdo, E; Khavisse; M (2004): *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Siglo XXI Editores Argentina

Basualdo, B. (2001). *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, FLACSO, IDEP. Disponible en: http://fesa.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/205/2020/02/BASUALDO_Sistema-pol%C3%ADtico-y-modelo-de-acumulaci%C3%B3n.pdf

Bialet Massé, J. (2010) [1904]. *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*. Volumen II. Disponible en: <https://www.trabajo.gba.gov.ar/informacion/masse/Volumen1.pdf>

CIEPYC. (2014). *Estábamos ocupados con el Mundial y “cayó Griesa”; después de respetar las prioridades*. En Entrelíneas de la Política Económica N° 39. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/38343/Revista_completa.pdf?sequence=1&isAllowed=y

CIEPYC. (2019). *Excedente, participación asalariada y acumulación productiva en Argentina: 2003-2019*. En Entrelíneas de la Política Económica N° 54. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/97497>



De Santis, G y Barberis, J; (2013). "Análisis en torno al excedente y su acumulación" Entrelíneas de la Política Económica N°37. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/57791/Revista_completa.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y

De Santis, G., & Barberis, J. (2016). *Excedente y modo de acumulación. Trayectoria de la economía argentina (1993-2014)*. En Entrelíneas de la Política Económica N° 46. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/57791>

De Santis, G. F., & Rodríguez, M. (2009). *Excedente, distribución del ingreso y acumulación*. Entrelíneas de la Política Económica, 3. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/15366>

Ferrer, A. (2008). *El Capitalismo Argentino*. Editorial F.C.E. Buenos Aires 2° edición.

Ferreres, O. J. Dos siglos de economía argentina 1810-2010. Buenos Aires: El Ateneo, 2010. Las series se encuentran disponibles en <http://www.fundacionnorteysur.org.ar>

Furtado, C. (1976). *Prefacio a una nueva economía*. México, Siglo XXI editores.

Giacobone, G., & Selva, R. A. (2011). *Inflación + desarrollo* en Entrelíneas de la Política Económica, N°5.

Iñiguez, A. (2017). *La tributación en América Latina y en la Argentina* en Accotto, A. L., Martínez, C. R., Mangas, M., & Paparas, R. (2017). Política fiscal, deuda y distribución del ingreso en Argentina.

Prebisch, R. (1981). *Capitalismo Periférico: crisis y transformación*. México, D. F.: Editorial Fondo de Cultura.

Sábato, J., & Botana, N. (1970). *La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina*. Disponible en: http://docs.politicasciti.net/documents/Teoricos/Sabato_Botana.pdf

Schvarzer, J (1996). *La industria que supimos conseguir*. Planeta.